

## **Del Estallido a la Pandemia: algunas notas desde Santiago de Chile.**

Agüero, Manuela; Ardito, María Paz; Avaria, Trinidad; Besoain, Carolina; Rihm, Andrea.  
Colectivo Trenza: Clínica, Psicoanálisis y Género.  
Santiago de Chile, Mayo 2020.

El 26 de marzo Paul Preciado publicaba un texto conmovedor en la revista ArtForum:  
*“Entre la fiebre y la ansiedad, pensé para mí mismo que los parámetros del comportamiento social organizado habían cambiado para siempre y ya no podían modificarse. Sentí eso con tal convicción que me atravesó el pecho, incluso cuando mi respiración se hizo más fácil. Todo retendrá para siempre la nueva forma que las cosas habían tomado [...] La mutación se manifestaría como una cristalización de la vida orgánica, como una digitalización del trabajo y el consumo y como una desmaterialización del deseo.”*

Más adelante, señala:

*“Lo primero que hice cuando me levanté de la cama después de haber estado enfermo con el virus por una semana, que fue tan amplia y extraña como un nuevo continente, fue preguntarme, ¿Bajo qué condiciones y en qué forma la vida valdría la pena ser vivida? La segunda cosa que hice, antes de encontrar una respuesta a esa pregunta, fue escribir una carta de amor”.*

En este escrito, Preciado nos transmite la espeluznante sensación de un tiempo detenido: qué pasa si todo queda hasta acá, si se cristaliza la vida en este instante y si nuestros cuerpos se vieran para siempre privados de todo contacto orgánico. Hace unas semanas, empezamos a escuchar a pacientes y colegas hablar de “la COVID-a” para nombrar este tipo de cotidiano, esta nueva normalidad que empezamos a llevar con el COVID19. La COVID-a es la vida aséptica, íntima y doméstica, pero a la vez virtual y expuesta, que examina el cuerpo como un objeto deserotizado, en la que el deseo se vuelve peligroso. El tiempo es lento y vertiginoso, no se logra inscribir una temporalidad que haga diferencias.

La COVID-a es una vida paranoide y vigilante, donde lo único que importa es preservar la existencia sin posibilidad de vivir. Es, como queda escrito en la letra misma, una vida sin nada que cause el deseo, y ese agujero, que queda ahí donde antes estaba la sorpresa de lo anhelante frente a lo que falta, se intenta rellenar con reuniones sociales y charlas virtuales, memes, y la explosión de todo tipo de plataformas que intentan asegurar la continuidad de la funcionalidad.

Esta vida, es una vida en duelo. Intuimos que en el discurso de la incertidumbre también hay algo plástico, ortopédico. Y es porque, a pesar de que no sabemos nada de lo que está por venir, hay algo demasiado cierto en el futuro: todo cambió. Esa es una certeza de la que no queremos saber nada.

Nos parece imprescindible reconocer que “quedarse en casa” no es igual para todos. Si hay algo que este encierro ha develado es la desigualdad estructural sobre la cual se funda la sociedad chilena, de modo que cualquier reflexión que pretenda articular salud mental y encierro no puede olvidar que la pandemia aterriza en un Chile cuya antesala es la del estallido social. El virus llega en un momento crítico, en el que nuestras brechas de clase, de género, territoriales, étnicas, y todas las violencias históricas y acumuladas hicieron sus reclamos y desborde público en Octubre. Chile, antes de ser un país infectado, era un país estallado. Antes de llegar la peste, los cuerpos estaban en la calle. Cabildos en todas partes, calles y plazas vueltas a nombrar, imaginarios de una nueva constitución, enfrentamientos, represión, caos, fuego.

Coronavirus mediante, el gobierno de Chile logró volver a gobernar sin cuerpos en la calle. Las plazas quedaron desiertas, se borraron y volvieron a pintarse los muros que expresaban las consignas del movimiento social. Progresivamente, la pandemia nos devolvió a ese espacio doméstico del que los estudios feministas nos enseñaron a sospechar. Y es que el hogar no es siempre compatible con la idea de refugio o protección, también es muchas veces un sitio de reproducción de violencias de todo tipo, además de ser un espacio profundamente generizado y el principal reproductor de la norma heterosexual. De este modo, parece importante reconocer que este encierro implica, por sobre todo, la experiencia de la pérdida. A pesar de los esfuerzos de reinterpretación de “las dificultades como oportunidades” que busca re-enmarcar el encierro como ocasión para revincularse con lo más esencial de la vida o retomar algún hobby olvidado, no podemos olvidar que si algo ganamos, esto ocurrirá en un contexto de enormes pérdidas humanas, grandes violencias y por cierto también agudas crisis económicas. Si algo ganamos, ganaremos perdiendo.

Uno de los aspectos problemáticos del encierro y del distanciamiento social es que son situaciones psíquicamente muy regresivas. Dicho en simple, la familia no nos basta. Uno de los primeros descubrimientos freudianos fue que salir al encuentro con otro es un logro del desarrollo, puesto que la primera y principal fuente de placer es nuestro propio cuerpo. Esto es lo que Freud llamó autoerotismo. El goce es autoerótico y, tal como señala Gustavo Dessal (2014), lo que debemos explicar es cómo el ser humano puede y debe, para seguir con vida, renunciar parcialmente a la obtención de placer solo en su cuerpo y salir al encuentro con otro, habilitando un paso del autoerotismo al erotismo. Para Freud, la cultura es el efecto de ese tránsito. Asimismo, nuestro desarrollo como sujetos consiste en un movimiento desde la

endogamia a la exogamia. El deseo, principal motor que nos mantiene ligados a la vida y la vitalidad, para conseguir satisfacción debe salir a la búsqueda de su objeto por fuera de los vínculos primarios familiares (esto es, en parte, lo que desde el psicoanálisis comprendemos por atravesar el complejo de Edipo: renunciar a los cuidadores originales para habilitar nuestro acceso a otros objetos del mundo). Esta condición nos ha permitido una apertura al mundo y una curiosidad inagotable que nos pone en movimiento como humanidad: así la exterioridad es factor civilizatorio y de salud mental.

¿Cómo abriremos, entonces, canales para la circulación del deseo en medio de esta restricción de la exterioridad que implica la cuarentena? No tenemos la respuesta, nos encontramos perplejas y tratando de entender este nuevo mundo. Sin embargo, quisiéramos compartir algunas de consideraciones en torno a las angustias que hemos pesquisado en la clínica de cuarentena.

Por un lado, tenemos el surgimiento de lo que podemos llamar las angustias ante la realidad: la realidad de la enfermedad, la muerte y el desempleo. Se trata de respuestas que no revisten de cualidad psicopatológica y que, por lo tanto, no son muy analizables ni interpretables. Más bien nos queda apelar a la experiencia de la fe o la confianza básica: la experiencia (generalmente vincular) de creer (o creerle a alguien) que todo va a estar bien. Importante para niños y adultos. Esto, junto a favorecer un acceso mediado a la realidad: es psíquicamente intolerable estar expuestos a todo los horrores del mundo todo el tiempo. Necesitamos crear velos, tejer sentidos, tablas de salvación que, por muy imaginarias que sean, nos permitan flotar.

Desde la clínica, uno de los riesgos que alcanzamos a advertir en esta situación regresiva es infantilizarnos en la relación a la norma. Hemos escuchado cómo la cuarentena puede empezar a organizarse psíquicamente (esto es, inconscientemente) desde la fantasías de restricción y castigo, las que son equivalentes psíquicos a una posición infantil. Por cierto, la realidad del estado de catástrofe y la cuarentena obligatoria facilitan estas fantasías: efectivamente nuestras libertades individuales están restringidas. Sin embargo, lo complicado de este funcionamiento es que la posición infantil nos instala en una relación con la norma desde las lógicas de la obediencia y de la desobediencia, las que pueden, por una parte, generar actuaciones riesgosas (desde el polo de la desobediencia y la rebeldía) pero también, y de modo no menos complejo, fenómenos de lo que nos atrevemos a llamar una cierta obediencia microfascista. Nos referimos a lo que Hanna Arendt (2003) señala como “los pequeños perversos”: personas que, dadas ciertas condiciones, pueden llegar a suspenderse como sujeto éticos desde la fórmula “solo seguíamos instrucciones”. Esto último nos parece tremendamente delicado si reconocemos que estamos inmersos en un régimen normativo que, además de errático y confuso en sus mensajes, es ideológicamente neoliberal, orientado a garantizar el

flujo del capital por sobre la preservación de las vidas humanas, evidenciando que no todos los cuerpos parecen valer lo mismo estos días. Lo delicado de este posicionamiento es que se debilita la posibilidad de ubicarnos como sujetos éticos ante la emergencia sanitaria. Es decir, situarnos en relación a la norma con responsabilidad y reconociendo que tenemos la humana necesidad de crear exterioridades cuidadosas para que el deseo (de seguir con la vida) pueda circular. Como recordaba hace algún tiempo Constanza Michelson (2020), la moral de la ciencia es prolongar la vida, pero el deseo de vivir circula en otras esferas.

Para que haya exterioridad es preciso también que haya alguna interioridad, y se establezcan flujos dinámicos entre pliegues, velos, opacidades, intervalos, sombras en medio de la cuarentena. Estos flujos están distribuidos de manera desigual en términos de clase, de género, de sexualidad. Las formas particulares que la creación de exterioridades cuidadosas puede tomar son específicas y singulares, pero mencionaremos algunos ejemplos:

1. Construir ciertas opacidades en el uso y circulación de los espacios y tiempos entre los miembros del hogar: estar en cuarentena no significa estar todo el tiempo juntos y compartir todos los espacios. Conversar con honestidad y ser capaz de escuchar los deseos de “ruptura de la norma” de nuestros hijos y seres queridos. A veces ponerlos en palabra basta, pero otras veces pueden imaginarse espacios de negociación con la norma, responsables y cuidadosos, según cada situación.

2. Reconocer la importancia de hacer presencia de la exterioridad, aunque física o personalmente haya ausencia. Y hacer presencia no se restringe a los encuentros virtuales. Acá el arte nos puede ayudar a imaginar. On Kawara fue un artista conceptual japonés que en los años 60 envió una serie de postales a sus amigos que decían “Todavía sigo vivo” y otras en las que mencionaba el lugar donde estaba, la hora en la que se había levantado y otros detalles de su vida cotidiana. Karlyn de Jongh (2011) plantea que su trabajo parece ser un autorretrato: sus obras le dan presencia mientras él, físicamente o personalmente, se mantiene ausente. Pensamos en el tremendo valor que en estos días pueden tener pequeños intercambios con soporte material para hacer presencia, que nos recuerden que “hay alguien” al otro lado de la pantalla, otro cuerpo que crea exterioridad y que mantiene vivo el deseo de, algún día, volver a salir al mundo.

Finalmente, aún si no sabemos si en esta COVID-a es jueves o domingo, lo que sí podemos señalar es que falta la causa: los timbres de voz, la blancura, la negrura, la sensación al tacto y el olor de la piel. Se pierde el color de los ojos, la actitud al hablar, todo eso se echa de menos. Hoy nos encontramos con que no hay ortopedia posible: lo que sea que cause el deseo de vida, no puede reemplazarse fácilmente. El deseo se fija en esta causa, y sólo en ella, en eso que perdimos con la pandemia, que nos duele y estamos tratando de reconstruir. En una de sus

fabulosas canciones, Leonard Cohen nos dice: “Hay una grieta en todo. Así es como entra la luz”. Dejemos grietas en esta COVID-a, no sigamos como si nada. Necesitaremos de esa luz.

### **Referencias:**

Arendt, H. (2003). Eichmann en Jerusalén. Un estudio acerca de la banalidad del mal. Barcelona: Lumen.

Bauman, S. & Dessal, G. (2014). El retorno del péndulo. Sobre psicoanálisis y el futuro del mundo líquido. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Michelson, C. (2020). Hasta que valga la pena vivir. Ensayos sobre el deseo perdido y el capitalismo del yo. Santiago: Editorial Planeta.

Preciado, P. (2020). The Losers conspiracy. Artforum. Recuperado en <https://www.artforum.com/slant/paul-b-preciado-on-life-after-covid-19-82586>

de Jongh, K. (2011). On Kawara: unanswered questions. Leiden: GlobalArtAffairs Foundation.